

En este sentido, las piezas de la producción musical mexicana del siglo XIX habían sido creadas por “...compositores románticos de alta categoría, hasta que se convirtieron en bienes culturales de nivel decaído (*herabgesunkenes Kulturgut*) que iban a vegetar y sobrevivir en las clases inferiores durante muchos decenios, cuando el gran arte musical ya había experimentado toda una serie de transformaciones radicales. [...] Por lo general, este proceso se repite siempre, cuando un estilo determinado acaba por imponerse a lo largo de la práctica musical de una época y empieza a ser ‘liquidado’” (Mayer-Serra, 1941: 73).

De esta manera se explica la amplia difusión del minuete, al menos en lo referente al nombre –aunque no necesariamente a su contenido rítmico y melódico entre las clases populares y los grupos indígenas, ya que “...la figura europea que más prestigio tenía y más influencia ejerció sobre los compositores mexicanos hasta los primeros decenios del siglo XIX, fue, indudablemente, Haydn. Al finalizar el siglo precedente [XVIII], ya eran conocidas en México las obras instrumentales del estilo clásico, como lo prueba una factura de libros, introducidos por Veracruz, en la cual figuran, entre muchas piezas religiosas [...] 18 [sinfonías] de Haydn...” (Mayer-Serra, 1941: 64).

“El contenido de un cuaderno de lecciones [...] del año 1804, recopilado ‘para el uso de D[ña] María Guadalupe Mayner’, es harto significativo para comprender el repertorio de piezas que estaba entonces en boga entre los aficionados a la música. Después de algunos ejercicios muy sencillos, siguen [...] algunos *minués* y *contradanzas* encantadores, sin indicación de autor, pero inconfundiblemente de escritura haydniana; la parte más importante del cuaderno está dedicada a varias marchas patrióticas [y] numerosas sonatas de Haydn...” (ibídem: 65).